

# EL DON



por Carlos Chiniquy

## Prólogo

Carlos Chiniquy fue un famoso sacerdote católico de Canadá, nacido en Kamouraska, Quebec, el 20 de Julio de 1809. Estableció allí la primera sociedad de abstemios y ganó el título de "Apóstol de la Abstención de Canadá".

Por su capacidad y piedad, estuvo encargado de un grupo de colonos francocanadienses, que se asentó en Illinois, EEUU. Ya avanzado de edad, fue amigo personal de Abraham Lincoln.

Recorrió Inglaterra varias veces.

**Este relato dramático de su vida,  
y del hallazgo inesperado del DON,  
fue dado primeramente en Londres.**

Vivió hasta los noventa años, muriendo en Montreal, Canadá, el 16 de enero de 1899.

## EL DON DE LA SALVACIÓN

Nací y fui bautizado como católico romano en 1809. Fui ordenado sacerdote en el año 1833, en Canadá. Tengo ahora setenta y cuatro años, y hace aproximadamente cincuenta años que fui ordenado sacerdote en la Iglesia de Roma.

Por veinticinco años, fui sacerdote de esa Iglesia, y les digo sinceramente que amaba a la Iglesia de Roma, y ella me amaba a mí. Hubiera derramado cada gota de sangre por mi Iglesia y habría dado mil veces mi vida para extender su poder y majestad sobre el continente de América, y sobre todo el mundo. Mi gran ambición era convertir a los 'protestantes', y traerlos de vuelta a mi Iglesia. Tal como se me había enseñado, así yo predicaba, que *fuera* de la Iglesia de Roma no había salvación. Quedaba triste al pensar que aquellas multitudes de 'protestantes' fueran a perderse.

En mi niñez vivíamos en un lugar donde no había escuelas. Mi madre llegó a ser mi primera maestra, y el primer libro con que me enseñaba a leer fue la Biblia. Cuando tenía ocho o nueve años, leía el libro divino con un placer indescriptible, y mi corazón quedó cautivado con la belleza de la Palabra de Dios. Mi madre seleccionaba los capítulos que ella quería que yo leyera, y la atención que ponía era tal que, muchas veces, rehusaba ir afuera a jugar con otros niños. Más bien, quería seguir disfrutando del placer de leer el Libro Sagrado. Amaba algunos capítulos más que otros, y estos los aprendía de memoria.

Pero después de que murió mi madre, la Biblia desapareció de casa, probablemente por medio del cura que ya había intentado apoderarse de ella antes. ¡Esta Biblia es la raíz de toda esta historia! Es la luz que fue puesta en mi alma cuando joven, y gracias a Dios, esa luz nunca se extinguió; permaneció allí. Es a esa querida Biblia, por la misericordia de Dios, a la que debo hoy la maravillosa alegría de estar entre los redimidos, entre aquellos que han recibido la luz, y están bebiendo de la fuente pura de verdad.

Pero quizás ustedes me preguntan: "¿Es que los sacerdotes católicos no permiten a sus feligreses que lean la Biblia?" Sí, agradezco a Dios que actualmente, en casi todo el mundo, la Iglesia de Roma les otorga permiso para leer la Biblia, y ustedes encontrarán la Biblia en los hogares de *algunos* católicos.

Pero cuando reconocemos esto, debemos decir la verdad completa. Cuando el sacerdote pone la Biblia en las manos de su pueblo, o cuando él mismo la recibe, hay una condición. La condición es, que, aunque el sacerdote, o su gente, pueda leer la Biblia, *no* deben nunca, bajo ninguna circunstancia, interpretar una sola palabra de acuerdo con su conciencia, su inteligencia, o por su propia mente. Cuando yo fui ordenado, presté juramento de que solamente interpretaría las Escrituras de acuerdo con el consenso unánime de los 'Santos Padres'.

Amigos, diríjense a los católicos romanos actualmente, y pregúntenles si tienen autorización para leer la Biblia. Ellos le dirán, "Sí, yo puedo leerla". Pero pregunten, "¿Tiene usted permiso para interpretarla?" Ellos le dirán, "No". El sacerdote dice al pueblo de manera absoluta - y la Iglesia dice de manera absoluta al sacerdote -, que ellos no pueden interpretar una sola palabra de la Biblia de acuerdo con su propia inteligencia y con su propia conciencia, y que es un lamentable pecado asumir por ellos mismos la interpretación de una sola palabra. En efecto, el sacerdote dice al pueblo, "Si ustedes intentan interpretar la Biblia con su propia inteligencia, ustedes están perdidos. Es un libro sumamente peligroso. Pueden leerlo, pero es mejor *no* leerlo, porque ustedes no pueden entenderlo."

¿Cuál es el resultado de tal enseñanza? El resultado es, que, aunque tanto los sacerdotes como sus feligreses tengan la Biblia en sus manos, ellos no la leen. ¿Leerían ustedes un libro si estuvieran convencidos de que no pueden entender una sola palabra por ustedes mismos? ¿Serían tan necios como para desperdiciar su tiempo leyendo un libro del que no entiendan una sola línea? Entonces, mis amigos, esta es la verdad acerca de la Iglesia de Roma. Ellos tienen un gran número de Biblias. Ustedes encontrarán Biblias en las mesas de los sacerdotes y de los 'laicos', pero entre diez mil curas no hay dos que lean la Biblia de principio a fin y le presten alguna atención. Ellos leen unas pocas páginas aquí y allí; y eso es todo.

En la Iglesia de Roma la Biblia es un libro 'sellado', pero no fue así conmigo. Yo la encontré preciosa a mi corazón cuando era niño, y cuando llegué a ser sacerdote de Roma, la leía para fortalecerme, y para hacerme capaz de sostener la posición de la Iglesia ante sus enemigos.

Mi gran objetivo era confundir a los ministros protestantes de América. Obtuve una copia del libro "Los Santos Padres", y lo estudiaba día y noche, con las Santas Escrituras, con el fin de prepararme para la gran batalla que deseaba librar contra los protestantes. Hice este estudio para fortalecer mi fe en la Iglesia Católica Romana.

Pero, ¡bendito sea Dios!, siempre que leía la Biblia había una misteriosa voz, diciéndome: "¿No ves que en la Iglesia de Roma no estás siguiendo las enseñanzas de la Palabra de Dios, sino solamente las tradiciones de los hombres?" En las silenciosas horas de la noche, cuando oía esa voz, lloraba y gemía, pero la voz se repetía con la fuerza del trueno. Yo quería vivir y morir en la Santa Iglesia Católica Romana, y rogaba a Dios que silenciara la voz, pero la oía aún más fuertemente. Cuando leía su Palabra, Él intentaba romper mis cadenas, pero yo no dejaba que ninguna cadena fuera cortada. Venía a mí con su luz salvadora, pero no la recibía.

No tengo animosidad contra los sacerdotes catolicorromanos. Algunos de ustedes pensarían que la tenga. Están equivocados. A veces lloro por ellos porque sé que los pobres hombres - igual como yo lo hacía - están combatiendo contra el Señor; y que ellos son miserables, así como yo fui miserable. Si les relato uno de los combates - de los que estoy hablando -, entenderán lo que es ser un sacerdote catolicorromano, y ustedes orarán por ellos.

En Montreal hay una espléndida catedral, capaz de alojar a 15,000 personas. Yo acostumbraba predicar allí muy a menudo. Un día el obispo me pidió que hablara sobre la Virgen María, y yo estuve muy feliz de hacerlo. Dije a la multitud delante de mí lo que en ese

entonces yo creía fuera verdadero, y lo que los sacerdotes creen y predicán en todas partes. Aquí está parte del sermón que prediqué:

"Mis queridos amigos, cuando un hombre se ha rebelado contra su rey, cuando ha cometido un gran crimen contra su emperador, ¿va él mismo a hablarle? Si él tiene que pedir un favor a su rey, ¿se atrevería él, bajo esas circunstancias, a presentarse por sí mismo ante su presencia? No; el rey lo reprobaría y lo castigaría. Entonces, ¿qué hace él? En lugar de ir por sí mismo, él selecciona a uno de los amigos del rey, a alguno de sus oficiales, a veces a la hermana o a la madre del rey, y pone su petición en las manos de ellos. Ellos van y hablan en favor del hombre culpable. Ellos piden perdón para él, aplacan su ira, y muchas veces el rey concede a estas personas el favor que rehusaría al hombre culpable".

"Entonces," yo dije, "todos nosotros somos pecadores, todos hemos ofendido al grande y poderoso Rey, el Rey de reyes. Hemos levantado banderas de rebelión contra Él. Hemos pisoteado sus leyes bajo nuestros pies, y *seguramente* Él está enojado contra nosotros. ¿Qué podemos hacer ahora? ¿Iremos nosotros mismos con nuestras manos llenas de nuestras maldades? ¡No! Pero, gracias a Dios, tenemos a María la madre de Jesús - nuestro Rey -, a su diestra, y, como ningún hijo obediente rechaza ningún favor a su madre amada, así Jesús nunca rehúsa ningún favor a María.

Él nunca ha rechazado ninguna petición que ella le presentara cuando Él estuvo sobre la tierra. Nunca ha rechazado a su madre de ninguna manera. ¿Dónde está el hijo que quebrantaría el corazón de una afectuosa madre, cuando podría hacerla feliz otorgándole lo que ella quiere? Entonces digo, Jesús - el Rey de reyes - no es solamente el Hijo de Dios, sino que es el hijo de María, y Él ama a su madre. Y así como Él nunca ha rehusado ningún favor a María, cuando Él estuvo sobre la tierra; tampoco le rehusará ningún favor hoy. ¿Qué debemos hacer entonces? Oh, ¿cómo vamos a presentarnos delante del gran Rey, cubiertos como lo estamos con maldad? Presentemos nuestras peticiones a su Santa Madre; ella irá a los pies de Jesús - ella misma -, a Jesús, su Dios y su hijo, y sin dudas ella recibirá los favores que le pida; ella pedirá nuestro perdón y lo obtendrá. Ella pedirá un lugar en el Reino de Cristo, y ustedes lo obtendrán. Ella pedirá a Jesús que perdone sus iniquidades, que les conceda el verdadero arrepentimiento, y les dará todo lo que su madre le pueda pedir."

Mis oyentes estaban tan felices por la idea de tener semejante abogada a los pies de Jesús, intercediendo por ellos día y noche, que todos estallaron en llanto; estaban fuera de sí con la alegría de que María pidiera y obtuviera el perdón para ellos.

En ese tiempo yo estaba convencido que se trataba, no sólo de la religión de Cristo, sino de la religión del sentido común, y que nada pudiera decirse contra ella. Después del sermón, el obispo se acercó

y me bendijo, y me agradeció, diciendo que este sermón haría un gran bien en Montreal.

Esa noche me arrodillé, y tomé mi Biblia, y mi corazón estaba lleno de gozo por el buen sermón que había dado en la mañana. Abrí la Biblia y leí las siguientes palabras, comenzando en Mateo 12:46:

**"Y estando Él aún hablando a las gentes, he aquí su madre y sus hermanos estaban fuera, que le querían hablar. Y le dijo uno: 'He aquí tu madre y tus hermanos están fuera, que te quieren hablar.' Y respondiendo Él al que le decía esto, dijo: '¿Quién es mi madre y quiénes son mis hermanos?' Y extendiendo su mano hacia sus discípulos, dijo: 'He aquí mi madre y mis hermanos. Porque todo aquel que hiciere la voluntad de mi Padre que está en los cielos, ese es mi hermano, y hermana, y madre'."**

Cuando leí estas palabras, hubo una voz hablándome, más terriblemente que la voz de un fuerte trueno, diciendo:

"Chiniquy, tú predicaste una mentira esta mañana cuando dijiste que María siempre había recibido los favores que ella pedía a Jesús. ¿No ves que María viene a pedir un favor, que es ver a su hijo, porque durante su ausencia ella había estado sola, y Él la había dejado durante meses para predicar el Evangelio?"

Cuando María llegó al lugar donde Jesús estaba predicando, el lugar estaba tan lleno de gente, que ella no pudo entrar. ¿Qué haría? Hizo lo que toda madre haría en su lugar. Ella levanta la voz y le pide que salga a verla, pero mientras Jesús oye la voz de su madre, y mientras la ve con sus ojos divinos, ¿le concede su petición? *No*. Él cierra sus oídos a la voz de ella y endurece su corazón ante su ruego. Es una reprimenda pública, y ella lo siente profundamente. Los presentes están sorprendidos. Están perplejos, casi escandalizados. Se vuelven hacia Jesús, y le dicen, "¿Por qué no vas y hablas a tu madre?" ¿Qué dice Jesús? Él da solamente esta extraordinaria respuesta: "¿Quién es mi madre y quiénes son mis hermanos?" y, mirando a sus discípulos, dice: "He aquí mi madre, mis hermanos, y mis hermanas." En cuanto a María, ella es dejada sola, y públicamente rechazada.

Y luego la voz me habló de nuevo con el poder del trueno, diciéndome que leyera ahora en Marcos 3:31-35. Ustedes encontrarán allí el mismo incidente, tanto en Marcos como en Lucas 8:19-21. En lugar de concederle su petición, Jesús le contestó, rechazando públicamente a su madre. Y entonces la voz me habló con extraordinario poder, diciéndome que Jesús, cuando era muchacho, obedecía a José y a su madre; pero cuando se presentó ante el mundo, como la Luz del Mundo, entonces María tenía que desaparecer. Sólo a Jesús debían dirigirse los ojos del mundo, para recibir su Luz y su Vida.

Entonces, mis amigos, la voz no dejó de hablarme toda la noche: "Chiniquy, Chiniquy, has dicho una mentira esta mañana, y estuviste predicando muchas fábulas y cosas sin sentido. Predicas contra las Escrituras cuando dices que María tiene el poder de conceder cualquier favor de parte de Jesús". Yo oraba y lloraba, y pasé la noche sin poder dormir.

En la mañana siguiente estuve en la mesa con el obispo (coadjutor del arzobispo), quien me había invitado a desayunar con él.

Él me dijo, "Señor Chiniquy, usted luce como un hombre que ha pasado la noche llorando. ¿Qué le sucede?"

Le contesté, "Monseñor, tiene usted razón. Estoy desolado en gran manera."

"¿Qué le ocurre?" me preguntó.

"¡Oh! No puedo decírselo aquí", le respondí. "Por favor, ¿me daría una hora en su habitación a solas? Le contaré un misterio que le dejará perplejo."

Después del desayuno fui con él y le dije:

"Ayer usted me hizo un gran elogio por el sermón en el que yo probé que Jesús siempre ha concedido las peticiones de su madre. Pero, Monseñor, anoche oí *otra* voz, más fuerte que la de usted, y mi problema es que creo que esa voz es la voz de Dios. Esa voz me decía que nosotros los sacerdotes y obispos catolicorromanos predicamos una mentira cada vez que decimos al pueblo que María tiene siempre el poder de recibir de las manos de Jesucristo los favores que ella le pida. Esto es una mentira, Monseñor - esto, me temo -, es un error diabólico y destructivo."

El obispo entonces preguntó, "Señor Chiniquy, ¿qué quiere decir? ¿Es usted protestante?"

"No", le dije, "No soy protestante." (*Muchas veces me habían llamado 'protestante' por ser tan apegado a la Biblia*).

"Le digo, con toda lealtad, que sinceramente temo que ayer prediqué una mentira, y que usted, Monseñor, también predicará una mentira la próxima vez que usted diga que debemos invocar a María, bajo el pretexto de que Jesús nunca ha rehusado ningún favor a su madre. Esto es falso."

El obispo dijo, "¡Señor Chiniquy, está yendo demasiado lejos!"

"No, Monseñor", dije, "Está claro. Aquí está el Evangelio; léalo."

Puse el Evangelio en las manos del obispo, y él leyó con sus propios ojos lo que ya he citado. Mi impresión fue que leyó esas palabras por primera vez. El pobre hombre estaba tan sorprendido que permaneció mudo y temblando. Finalmente preguntó: "¿Qué quiere decir esto?"

"Bien", dije, "este es el Evangelio; y aquí usted ve que María tiene que venir a pedirle un favor a Jesucristo, y Él no sólo la reprende, sino que rehúsa considerarla como su madre. Lo hizo públicamente, para que pudiéramos entender que María es la madre de Jesús como hombre, y no como Dios."

El obispo estaba fuera de sí. No podía contestarme.

Entonces le pedí que me permitiera hacerle algunas preguntas. Le dije, "Monseñor, ¿quién nos ha salvado a usted y a mí sobre la cruz?"

Contestó, "Jesucristo."

"¿Y quién pagó sus deudas y las mías derramando su sangre; María o Jesús?"

Dijo, "Jesucristo".

"Ahora, Monseñor, cuando Jesús y María estuvieron sobre la tierra, ¿quién amó más al pecador; María o Jesús?"

Y nuevamente respondió que fue Jesús.

"¿Acudió algún pecador en esta tierra a María para ser salvado?"

"No."

"Recuerda que algún pecador acudiera a Jesús para ser salvado?"

"Sí, muchos."

"¿Fueron ellos rechazados?"

"Nunca."

"¿Usted recuerda que Jesús alguna vez dijera a los pecadores, 'Acudan a María y ella les salvará'?"

"No", dijo.

"¿Usted recuerda que Jesús dijera a los pobres pecadores, 'Venid a mí'?"

"Sí, Él decía esto."

"¿Se ha retractado alguna vez de aquellas palabras?"

"¡No!"

"Y ¿quién fue, entonces, el más poderoso para salvar a los pecadores?", pregunté.

"¡Oh! ¡Fue Jesús!"

"Ahora bien, Monseñor, dado que Jesús y María están ahora en los Cielos, ¿puede mostrarme en las Escrituras que Jesús haya perdido algo de su deseo y poder para salvar a los pecadores, o que Él delegara este poder a María?"

Y el obispo contestó, "No."



"Entonces, Monseñor", pregunté, "¿por qué no acudimos a Él, y a Él sólo? ¿Por qué invitamos a los pobres pecadores a acudir a María, cuando, por su propia confesión ella no es nada comparada con Jesús, en poder, en misericordia, en amor, y en compasión por los pecadores?"

Entonces el pobre obispo estaba como un hombre que es condenado a morir. Temblaba delante de mí, y como no podía responderme, dijo que tenía asuntos que atender y me dejó. Su 'asunto' era que no podía responderme.

Pero yo todavía no estaba convertido. Había muchas ataduras que todavía me mantenían sujeto a los pies del Papa. Había otras batallas que pelear antes de que pudiera romper las cadenas que me ataban.

Pero en aquellos días, aunque yo estaba angustiado, no había perdido mi celo por mi Iglesia. Los obispos me habían dado gran poder y autoridad, y el Papa me había ensalzado sobre muchos otros, y yo tenía la esperanza, junto a otros muchos, que poco a poco, podríamos 'reformular' a la Iglesia en muchos asuntos.

En 1851 fui a Illinois, EEUU, a fundar una colonia de habla francesa. Llevé conmigo un total de 75,000 canadienses francófonos, y nos establecimos en las majestuosas llanuras de Illinois, para tomar posesión en nombre de la Iglesia de Roma. Después de comenzar mi gran tarea de colonización me convertí en un hombre rico; compré muchas Biblias y di una a casi cada familia. El obispo estaba muy enojado conmigo por esto, pero a mí no me importaba. Yo no pensaba en renunciar a la Iglesia de Roma, pero quería guiar a mi pueblo tan bien como pudiera en los caminos por los que Cristo quería que los llevara.

Entonces el obispo de Chicago - ciudad más grande de Illinois - hizo una cosa en ese tiempo que nosotros los 'franceses' no podíamos tolerar. Fue un gran crimen. Escribí al Papa, con el resultado de que el obispo fuera relevado de su cargo. Otro obispo le sucedió, y este encargó a su 'gran vicario' que me visitara.

El gran vicario llegó, y me dijo, "Señor Chiniquy, estamos muy contentos de que haya logrado que el anterior obispo fuera despedido, porque era mal hombre; pero, por otro lado, se sospecha en muchos lugares que usted no está más en la Iglesia de Roma; se sospecha que usted es un hereje y un protestante. ¿Nos daría usted un documento por el cual podamos certificar a todo el mundo que usted y su gente sigan siendo buenos catolicorromanos?"

Dije, "No tengo objeción."

Entonces contestó, "Es el deseo del nuevo obispo poder disponer, de parte de usted, de tal documento."

Con que, tomé una hoja de papel... Me parecía que esa era una oportunidad excelente de silenciar 'la voz' que me estaba hablando



de día y noche y que estaba inquietando mi fe. Yo quería convencerme a mí mismo de esta manera que en la Iglesia Católica Romana realmente estábamos siguiendo la Palabra de Dios, y no solamente "tradiciones de hombres". Escribí lo siguiente:

"Monseñor, nosotros los francocanadienses de la colonia de Illinois queremos vivir y morir en la Santa Iglesia Católica Apostólica Romana, fuera de la cual no hay salvación, y para probar esto a vuestra señoría, prometemos obedecer a su autoridad de acuerdo a la Palabra de Dios, como la encontramos en el Evangelio de Cristo."

Yo firmé y lo ofrecí a mi pueblo para que firmara también, lo cual hicieron. Entonces se lo entregué al gran vicario, y le pregunté qué le parecía. Dijo, "Es exactamente lo que queremos". Me aseguró que el obispo lo aceptaría, y que todo estaría bien.

Entonces fui y entregué el documento de subordinación personalmente al obispo. Lo leyó y lo encontró apropiado, y con lágrimas de alegría dijo: "Estoy tan contento de esta subordinación, porque temíamos que usted y su gente se volvieran protestantes."

Amigos míos, para mostrar mi ceguera, debo confesar con vergüenza, que yo estaba contento por haber hecho la paz con el obispo, un 'hombre', mientras todavía no estaba en paz con Dios... El obispo me dio una "carta de paz", en la cual declaraba que yo era uno de sus mejores sacerdotes. Regresé a los míos, convencido de permanecer allí con los 'míos'. Sin embargo, Dios, mirándome en su misericordia, se encargó de romper esa 'paz'; paz con el 'hombre', que no era 'paz con Dios'.

El obispo, después de mi partida, fue a la oficina de telégrafos y envió telegramas a los otros obispos de Illinois con copias de mi subordinación, preguntándoles por su opinión. Ellos, unánimemente, le contestaron en el mismo día: "¿No ve usted que Chiniquy es un protestante disfrazado, y que él ha hecho un protestante de usted? Él no se subordinó a usted; él se subordinó a la 'Palabra de Dios'. Si no destruye esa 'subordinación', usted mismo es protestante."

A los diez días, recibí carta del obispo, pidiendo que fuera a verlo. Al llegar, me ofreció asiento y, al poco tiempo, me preguntó si había traído la "carta de paz", que me había dado el otro día. Yo se la presenté, y, al ver que, efectivamente, era la carta, corrió hacia la chimenea y la arrojó al fuego. Yo estaba pasmado. Me precipité hacia el fuego para salvar mi carta, pero era demasiado tarde; estaba destruida.

Entonces me volví hacia el obispo, y le dije, "¿Cómo se atreve usted, Monseñor, a tomar de mis manos un documento que es de mi propiedad, y a destruirlo sin mi consentimiento?"

Él respondió: "Señor Chiniquy, soy su superior, y no tengo por qué rendirle cuentas a usted."

"Por supuesto Monseñor, usted es mi superior, y yo no soy nadie, sólo un pobre sacerdote, pero hay un gran Dios que está bien por encima de usted como de mí también, y ese Dios me ha dado derechos a los que nunca renunciaré para complacer a ningún hombre; en la presencia de ese Dios yo protesto contra su iniquidad."

"Bien", dijo, "¿vino a darme un sermón?"

Le contesté, "No, Monseñor; pero quiero saber si usted me hizo venir para insultarme."

"Señor Chiniquy", dijo, "lo traje aquí porque usted me dio un documento que usted sabe muy bien no fue un acto de sumisión."

Entonces contesté, "Dígame, ¿qué acto de sumisión requiere de mí?"

Entonces dijo, "Usted debe comenzar por omitir estas pocas palabras: *'de acuerdo a la Palabra de Dios, como la encontramos en el Evangelio de Cristo'*, y decir simplemente que usted promete obedecer mi autoridad sin ninguna condición; que usted promete hacer todo lo que yo le diga."

Entonces me puse de pie, y dije, "Monseñor, lo que usted requiere de mí no es un acto de sumisión, sino un acto de adoración, y se lo niego."

"Entonces," dijo él, "si usted no puede darme ese acto de sumisión, usted no puede ser más un sacerdote catolicorromano".

Levanté mis manos hacia Dios, y dije, "¡Bendito sea el Dios Todopoderoso para siempre!"... Tomé mi sombrero y dejé al obispo.

Fui al hotel en donde tenía una habitación reservada, y cerré la puerta con llave detrás de mí. Caí de rodillas para examinar en la presencia de Dios lo que había hecho. Entonces vi, por primera vez claramente, que la Iglesia de Roma **no podía ser la Iglesia de Cristo**. Había aprendido la terrible verdad, no de los labios de los protestantes, ni de sus enemigos, sino de los labios de la misma Iglesia de Roma. Vi que no podía permanecer en ella a menos que renunciara, en un documento formal, a la Palabra de Dios como la única autoridad absoluta a que estuviera sometido para siempre. Ahora entendí que había hecho bien en renunciar a la Iglesia de Roma. Pero ¡oh! mis amigos, ¡qué oscura nube vino sobre mí! En medio de mis tinieblas exclamé: "Dios mío, Dios mío, ¿por qué es que mi alma está rodeada con una nube tan oscura?"

Con lágrimas clamé a Dios que Él me mostrara el camino, pero durante un tiempo, no hubo respuesta. Había renunciado a la Iglesia de Roma; había renunciado a una posición, con sus honores, a mis

hermanos y hermanas, ¡todo lo que era querido para mí! Vi que el Papa, los obispos, y los sacerdotes me atacarían en la prensa, y en el púlpito. Vi que una guerra a muerte había comenzado entre la Iglesia de Roma y mi persona. Miraba a ver qué amigos me ayudarían en la batalla, pero no encontré ninguno. Vi que aun mis más queridos amigos se dedicarían a maldecirme, y a mirarme como un infame traidor. Vi que mi pueblo me rechazaría, que mi amado país, donde tenía tantos amigos, me maldeciría, y que había llegado a ser un objeto de horror para el mundo.

Entonces traté de recordar si tenía algunos amigos entre los protestantes, pero como había hablado y escrito contra ellos toda mi vida, no tenía ni un amigo allí. Vi que estaba solo para pelear la batalla. Esto era demasiado, y en esa terrible hora, si Dios no hubiera hecho un milagro, yo no habría sido capaz de soportarlo. Me parecía imposible salir de la habitación al frío mundo, donde no podría encontrar una sola mano para estrechar la mía, o un solo rostro sonriente mirándome, sino que donde fuera, sólo vería a los que me tenían por traidor.

Parecía que Dios estaba lejos, pero no, estaba muy cerca. Repentinamente un pensamiento llegó a mi mente: "Tienes tu Evangelio; léelo, y encontrarás la luz". Arrodillado, y con mano temblorosa, abrí el libro. No yo, sino Dios me lo abrió, porque mis ojos cayeron sobre 1ª Corintios 7:23: **"Por precio sois comprados; no os hagáis siervos de los hombres."**

Con estas palabras me vino la luz, y por primera vez vi el gran misterio de la salvación, en cuanto le sea posible a un hombre verlo. Me dije a mí mismo: "Jesús me ha comprado; entonces, si Jesús me ha comprado, Él me ha salvado; ¡yo estoy salvo! ¡Jesús es mi Dios! ¡Todas las obras de Dios son perfectas! Yo estoy, entonces, perfectamente salvado - Jesús no podría salvarme a medias. Yo estoy salvado por la sangre del Cordero; yo estoy salvado por la muerte de Jesús."

Estas palabras fueron tan dulces para mí que sentí una alegría indescriptible, como si las fuentes de vida estuvieran abiertas y torrentes de nueva luz estuvieran fluyendo sobre mi alma. Me dije, "No soy salvado por el purgatorio, o por indulgencias, ni por confesiones o penitencias. ¡Soy salvo sólo por Jesús!" Y todas las falsas doctrinas de Roma huyeron de mi mente como cae una torre cuyo fundamento es demolido.

Ahora sentí tal alegría, tal paz, que los ángeles de Dios no podrían estar más felices que yo. La sangre del Cordero fue derramada por mí, por mi pobre alma culpable. Con un fuerte grito de alegría dije, "¡Oh, querido Jesús, mi corazón está lleno, ya lo entiendo; Tú me has salvado! ¡Oh, Don de Dios, yo te recibo a Ti! Toma mi corazón y hazlo para siempre tuyo. ¡Don de Dios, habita en mí para hacerme puro y fuerte; permanece en mí para ser mi camino, mi luz, y mi

vida; concédeme que pueda permanecer en Ti, ahora y para siempre! Pero, querido Jesús, no me salves solo; salva a los míos; ¡concédeme mostrarles el 'Don' también! ¡Oh, que ellos puedan recibirte y sentirse tan ricos y tan felices como yo ahora!"

Fue así como encontré la Luz y el gran misterio de nuestra salvación, que es tan sencilla y tan hermosa, tan sublime y tan grande. Yo había abierto las manos de mi alma y aceptado el regalo. Era rico en el Don. La salvación, mis amigos, es un don, ustedes no tienen que hacer nada sino recibirlo, amarlo, y amar al Dador. Apreté el Evangelio a mis labios, y juré que nunca predicaría nada más que de Jesús.

Llegué a mi colonia un domingo a la mañana. Todo el pueblo estaba sumamente alborotado y corrían hacia mí, y me preguntaban las novedades que traía. Cuando estuvieron reunidos en la iglesia, les presenté "El Don". Les mostré lo que Dios me había obsequiado a mí: su Hijo Jesús como un "Don", un regalo - y, por medio de Jesús, el perdón de mis pecados, y la vida eterna, todo como un 'Don'. Entonces, no sabiendo si ellos aceptarían o no este 'Don', les dije: "Ha llegado el tiempo de despedirme de ustedes, amigos míos; he dejado la Iglesia Católica Romana para siempre. He recibido el Don de Cristo, y lo quisiera compartir con todos ustedes, pero respeto la libertad y la voluntad de ustedes. No puedo imponerme; si ustedes piensan que, para ser salvos, es mejor seguir al Papa y no a Cristo, e invocar el nombre de María y no el nombre de Jesús, entonces, díganmelo, poniéndose de pie..."

Para mi gran sorpresa toda la multitud permaneció en sus asientos, llenando el edificio con sus sollozos y lágrimas. Yo pensé que alguno me diría que me fuera, pero nadie dijo tal cosa. Y mientras los observaba, noté que un cambio se produjo en ellos - un cambio maravilloso, que no tiene explicación natural, y les dije, con exclamación de gozo:

"El poderoso Dios quien me salvó ayer a mí, puede salvarles a ustedes hoy. Ustedes cruzarían el 'Mar Rojo' conmigo, para luego entrar a la 'Tierra Prometida'. Recibirían conmigo el gran Don; serían felices y ricos con el Don.

Pero pondré la cuestión en otra forma. ¡Si piensan que sea mejor para ustedes seguir a Cristo, en lugar del Papa, invocar el nombre de Jesús, en lugar del nombre de María; si les parece mejor poner su confianza solamente en la sangre del Cordero, derramada en la Cruz por sus pecados, y no en la fábula del purgatorio de Roma; y si piensan que sea mejor para ustedes retenerme para que juntos escudriñemos el puro Evangelio de Cristo, y no que un cura les predique las doctrinas y las tradiciones de Roma, entonces, díganmelo, poniéndose de pie, y yo seré uno de ustedes!"

Y todos, sin una sola excepción, se pusieron de pie, y con lágrimas pidieron que permaneciera con ellos.

El Don, el grande, el indescriptible Don había, por primera vez, venido delante de sus ojos en su belleza; ellos lo encontraron precioso; ellos lo recibieron; y las palabras no pueden expresar la felicidad de esa multitud. Como yo, se sintieron ricos y felices en el Don. Los nombres de unas mil almas, yo creo, fueron escritos en el Libro de la Vida ese día. Seis meses más tarde éramos dos mil convertidos; ¡un año más tarde éramos alrededor de cuatro mil! Y ahora somos unos veinticinco mil los que hemos lavado nuestras ropas y las hemos hecho blancas en la sangre del Cordero.

Las noticias se difundieron rápidamente por toda América, y aún en Francia e Inglaterra, que Chiniquy, el sacerdote más renombrado de Canadá, había dejado la Iglesia de Roma, encabezando un noble grupo de personas. Y dondequiera se decía esto, el nombre de Jesús era bendecido, y yo espero que – aquí en Londres - ustedes bendigan al misericordioso y adorable Salvador hoy conmigo, cuando es mi privilegio haberles contado lo que Él ha hecho por mi alma.

Oren por los catolicorromanos de América y de todas partes, y para que yo pueda ser un instrumento de las misericordias de Dios hacia ellos; para que todos ellos puedan recibir, al igual que ustedes, el Don indescriptible; puedan amar y glorificar el Don durante los pocos días de nuestro peregrinaje aquí, y por toda la eternidad.

Amén.

**¡Gracias a Dios por su 'don' inefable!**

2ª Corintios 9:15